



Realidad Económica

Nº 312 • AÑO 46

16 de noviembre al 31 de diciembre de 2017

ISSN 0325-1926

Páginas 67 a 107

ALTERNATIVAS PARA EL DESARROLLO

IV Jornada de Desarrollo del IADE

¿Qué tipo de capitalismo es posible en la Argentina?*

TERCER PANEL

**Las limitaciones y alternativas al régimen de acumulación
en la Argentina.**

Martín Schorr y Enrique Arceo.

MESA DE CIERRE

¿Inevitablemente a los tumbos?

Carlos Vilas.

* La Jornada se llevó a cabo el 5 de julio de 2017 en la Sala Raúl González Tuñón del Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini".

Resumen

En este número de Realidad Económica se publican las disertaciones de las dos últimas mesas de la IV Jornada de desarrollo del IADE: *Las limitaciones y alternativas al régimen de acumulación en la Argentina*, con la exposición de Martín Schorr y Enrique Arceo; e *¿Inevitablemente a los tumbos?*, intervención de Carlos Vilas, bajo la coordinación de Marisa Duarte. El objetivo de la jornada fue analizar las limitaciones políticas y económicas que impiden la vigencia de un proyecto de desarrollo sostenible en el tiempo, así como la posibilidad de la emergencia de un sujeto que encarne el compromiso histórico de gobernar por y para el pueblo. En ese marco, los expositores buscaron avanzar en la conformación de alternativas eficientes frente al capitalismo financiero y global.

Palabras clave: Desarrollo - Capitalismo - América latina - Régimen de acumulación - Procesos políticos

Abstract

Fourth IADE Development Conference

Which kind of capitalism is possible in Argentina?

In this issue of Realidad Económica, the discourses from the last two round tables of the Fourth IADE development conference are published: *Limitations and alternatives to the accumulation regime in Argentina*, with expositions by Martín Schorr and Enrique Arceo; and *Inevitably bumping along?*, an intervention by Carlos Vilas, under the coordination of Marisa Duarte. The aim of the conference was to analyze the political and economic limitations that hinder the validity of a development project that is sustainable in time, as well as the possibility of the emergence of a subject that embodies the historical commitment to govern for the people, by the people. In this setting, the speakers sought to go forward in the conformation of efficient alternatives facing financial and global capitalism.

Keywords: Development - Capitalism - Latin America - Political processes - Accumulation regime.

TERCER PANEL

Las limitaciones y alternativas al régimen de acumulación en la Argentina

Martín Schorr

Investigador del CONICET/IDAES-UNSAM. Docente en la UBA, la UNSAM y varias universidades del interior.

Realmente es para mí un lujo compartir una mesa con Enrique Arceo y me pone muy contento.

Yo quería focalizarme básicamente en el tema de la restricción externa, porque me parece que para el propósito de esta mesa y de esta Jornada sería muy bueno plantear a partir de él algunas discusiones. Sobre la restricción externa o el problema de divisas se habla mucho y a veces con poco fundamento; particularmente quería trabajar el tema desde una mirada más estructural, sin focalizarme exclusivamente en aspectos de coyuntura. Creo que ahí hay cuatro elementos que son clave, por lo menos desde mi mirada, que me parece que estaría bueno discutir.

El primer elemento estructural es la cuestión del poder económico, por decirlo de alguna manera, y más particularmente los niveles de concentración y extranjerización que tiene la economía argentina. Es un proceso de larga data: claramente fue un ciclo muy fuerte en los noventa y en este momento vamos hacia una profundización. Durante los años de los gobiernos kirchneristas hubo una cuestión que me parece central respecto de eso. Les doy algunos datos: las 200 empresas más grandes del país concentran alrededor del 22 % del PIB, que es un valor mucho más alto que la participación que estas empresas tenían a comienzos de los noventa o incluso hacia el fin de la etapa neoliberal. Por otro lado, 50 empresas manejan aproximadamente el 65 % de las exportaciones argentinas y la cúpula empresarial

es la única fracción empresaria que, tomada en su conjunto, es superavitaria. El resto de la economía tiene niveles de déficit comercial muy fuerte. De esa cúpula, 120 firmas son extranjeras. Ahí hay un tema que es crítico, que remite a la cuestión del predominio abrumador que tiene el capital extranjero en la economía argentina.

Existen tres aspectos que hay que contemplar como factores explicativos o de contexto: el primero, que es el más conocido, es el de la debilidad o la ausencia de una burguesía nacional, por decirlo con un concepto más político, pero hay dos elementos normativos que creo que el pensamiento crítico no discute nunca y debería empezar a hacerlo. El primero es que la Argentina tiene una ley de inversiones que está vigente desde la dictadura. Este es un aspecto del que se habla poco, pero es una ley sumamente favorable al capital extranjero, que en los años noventa, sobre todo, el menemismo lo liberaliza todavía más. Lo más gravoso, desde mi mirada, es que la Argentina, a lo largo del predominio liberal en los noventa, firmó 58 tratados bilaterales de inversión, de los cuales siguen vigentes 55, y me parece que eso es un condicionante muy severo a la hora de pensar alternativas de desarrollo nacional con una economía tan concentrada y extranjerizada. El efecto de la concentración y la extranjerización sobre la ecuación externa del país es obvio y tiene que ver con la salida de divisas por múltiples vías, no sólo por la remesa de utilidades, sino también por la dependencia tecnológica, la reprimarización y la inserción internacional argentina en función de sus ventajas comparativas, de sus recursos naturales, pero en términos de su balanza de pagos hay dos elementos para tener en cuenta: en 2011, antes del “cepo”, el capital extranjero remitió al exterior el 70% de las utilidades que había generado la Argentina, equivalentes a 12.000 millones de dólares, y en la etapa actual, en los primeros quince meses de gobierno, que son los datos disponibles, el capital extranjero remitió utilidades por 3.300 millones de dólares. La inversión extranjera que ingresó al país no superó los 3.000 millones. Claramente, me parece que existe un elemento estructural que es central en términos de pensar alternativas para una economía con el nivel de dependencia externa que tiene la Argentina.

El segundo elemento estructural, es el tema industrial. La economía industrial prácticamente no creció en el período 2014-2015, o incluso retrocedió; el déficit comercial acumulado llegó a 15.000 millones de dólares, lo cual tiene que ver en parte con la reprimarización: la mitad de lo que exportamos son alimentos, y desde

2011 para acá venimos con estos escenarios de deterioro en los precios y en los términos de intercambio, pero me parece que hay tres aspectos que, pensando en las alternativas o en las discusiones que tenemos en el marco de esta Jornada, hay que considerar.

En primer lugar, los legados del neoliberalismo en términos de desmantelamiento industrial: en tiempos del kirchnerismo, la “sintonía fina”, por decirlo de alguna manera, en cuanto a una política de desarrollo industrial, por lo menos en mi mirada, no se aplicó.

El segundo aspecto tiene que ver con el tipo de renglones industriales que, sobre todo en tiempos de los gobiernos del kirchnerismo, se apuntalaron, básicamente los autos y la producción en Tierra del Fuego, la electrónica de consumo, donde no hubo ningún esfuerzo serio para desarrollar una estrategia distinta a la que teníamos con los regímenes habituales, con lo cual hay un proceso muy fuerte de depresión de importaciones.

El otro aspecto que creo que es interesante discutir es, a falta de un mejor nombre, lo que podríamos llamar “sustitución inversa”: políticas de fomento, instrumentos concretos, que en lugar de aprovechar la masa crítica que tenía el país en un montón de sectores industriales, terminaron generando ingresos de importaciones que desplazaron la producción nacional competitiva. Con un grupo de investigadores del CONICET hicimos cuatro estudios donde eso queda clarísimo: en el sector automotriz, en bienes de capital, en los sectores proveedores de la industria petrolera y en parte de los componentes electrónicos de Tierra del Fuego el efecto de sustitución inversa ha sido muy fuerte y ha tenido como correlato una cuestión bien crítica sobre el balance externo y sobre la estructura industrial argentina. Hoy es otra cosa: es la apuesta por las ventajas comparativas, la reprimarización, y yo creo que estamos ante un proceso de reestructuración industrial muy regresivo, que a la par que consolida la reprimarización -esto se ve clarísimo en los datos de las exportaciones- también está implicando un proceso de desmantelamiento industrial muy fuerte, fundamentalmente en bienes finales.

El tercer aspecto es la cuestión energética, que hasta 2010 no era un problema estructural, pero que a partir de ese año lo es claramente. Sólo un dato: entre 2013

y 2015 años con poco crecimiento e incluso retracción de la actividad económica, el déficit energético acumulado fue de 17.000 millones de dólares: ahí hay un tema que me parece que hay que discutir. ¿Qué tuvo que ver con esto, esta lógica del oligopolio petrolero que es histórica, pero que el gobierno anterior no logró desarmar o destrabar, privilegiando la sobreexplotación y avanzando en la subexploración, sin ningún tipo de inversión para renovar las reservas hidrocarburíferas a medida que se iban consumiendo? Una matriz energética como la argentina depende mucho de los hidrocarburos, como sucede en pocos países.

¿Qué es lo que hace hoy el gobierno? Algo similar a lo que hizo el anterior en algún aspecto; las famosas “señales de precios”: la recomposición del precio del barril y fundamentalmente del precio de las naftas. La respuesta del oligopolio petrolero a esta política energética es la misma que durante el gobierno anterior: un déficit muy fuerte en materia de inversión, y por lo tanto me parece que difícilmente esté ahí la solución a los problemas que tiene la Argentina en su sector energético.

El cuarto aspecto –yo no voy a hablar de la deuda, porque es algo que todos conocemos y discutimos mucho, además de estos otros aspectos que hay que incorporar también en esa mirada cultural– es la fuga de capitales. Durante los años del kirchnerismo, al menos hasta el cepo, hubo mucha fuga, como la había habido entre el 1976 y 2001 y la sigue habiendo en la etapa actual. En lo que va de la gestión Macri se han fugado más de 15.000 millones de dólares. Hoy lo que claramente se fuga es la ganancia financiera. Me parece que es muy parecido el esquema de dolarización de la ganancia financiera al de los años noventa o al de la etapa de la dictadura. El período anterior era distinto: la raíz de la ganancia que se fugaba no era ganancia financiera, pero el componente de fuga, por lo menos hasta 2011, fue muy fuerte. Me parece que ahí hay un tema de estructura que también hay que discutir.

¿Por qué es tan importante el tema de la restricción externa? Porque según cómo la ataquemos va a definirse la estructura del bloque de poder en la economía. Una cosa es financiar la restricción externa con deuda, como ahora; por lo tanto estamos dándole al capital financiero un papel protagónico en la dinámica del modelo de acumulación. Otra cosa es atacar la restricción externa con ingreso de capitales extranjeros: los dos tienen el mismo problema, que es que al otro día

tenemos que pagar intereses y viabilizar la remisión de utilidades, pero en el esquema de ingreso de inversión extranjera la centralidad se desplazaría hacia el capital extranjero.

Otra cosa es hacer frente a la restricción externa promoviendo un aumento en las exportaciones netas, y ahí hay que discutir si lo vamos a hacer de la mano de un proceso de sustitución de importaciones y/o de un proceso de mayores exportaciones. Ahí también habrá que discutir con qué actores, porque no es lo mismo exportar soja, donde no hay más de cincuenta empresas en el sector de ventajas comparativas, que concentran el grueso de la exportación, que exportar otro tipo de producto. Lo que quiero marcar con esto es que la restricción externa es un problema económico y político, de manera que la forma en que se la ataque, en que se pateee la pelota para adelante -el argumento también vale para las etapas anteriores- va a definir el lugar de las distintas fracciones empresarias y del poder económico, sobre todo en la estructura del modelo de acumulación, o se va a definir una peculiar dinámica y estructura de este bloque. No me parece un tema menor; por lo tanto, hay que tenerlo en cuenta.

Para cerrar, en ese escenario, con el propósito con que el IADE nos convocó para pensar en propuestas para la discusión de esquemas alternativos, sin pretender tener la verdad revelada ni muchísimo menos, voy a exponer cuatro ideas que deberíamos considerar.

La primera es el tema normativo: insisto en que en la Argentina sigue vigente una ley que regula el capital extranjero según una normativa neoliberal: la ley de inversión externa de la dictadura, ampliada y liberalizada considerablemente en tiempos de Menem, y fundamentalmente el tema de los tratados bilaterales de inversión (TBI). Reitero que la Argentina firmó en los noventa casi 60 TBI y hoy tenemos vigentes 55, es decir que ningún gobierno desde los noventa para acá denunció estos tratados, y me parece que, viendo algunas cosas de las etapas más recientes del capitalismo argentino, es un condicionante muy serio a la hora de pensar un programa o una propuesta alternativa con este régimen normativo y con los niveles de concentración y extranjerización que tenemos.

La segunda es el tema industrial: obviamente, hay mucho para debatir y en pocos minutos es imposible saldar esa polémica, pero me parece que hay que empezar a discutir si queremos generar o no las bases para un programa de reindustrialización. Creo que eso, que se pregona mucho, en los hechos no se discute tanto. Me parece que la heterodoxia y el pensamiento de izquierda o alternativo deben dar un debate respecto de cómo pensar la eficiencia. En los términos de los mapas conceptuales o de cómo se piensan estas cosas, a veces se recuperan acríticamente miradas sobre competitividad que pertenecen a otro campo político, el del pensamiento ortodoxo. Creo que ahí la heterodoxia que estuvo hasta hace unos años y el pensamiento crítico en general se deben un debate que muchas veces no se genera a partir del planteo sobre la necesidad de reindustrialización. Si coincidimos en esa necesidad hay que exponer a partir de qué sectores y, sobre todo en un país como la Argentina, con qué criterios de eficiencia pensar la inserción de esos sectores.

De los otros dos aspectos, uno es el rol del Estado, que hay que volver a discutir en su faz reguladora o de actor concreto del proceso de desarrollo. Lamentablemente, en la etapa anterior, esta discusión quedó agotada en la recuperación de YPF o del control del sistema previsional, lo cual sin duda es algo fabuloso, pero no puede cerrarse la discusión, por lo menos para mí, en si tenemos empresas estatales o no. Hay muchísimo para debatir, sobre todo cuando muchas veces los funcionarios que conducen áreas estratégicas de estas empresas –conozco el caso de YPF por un trabajo del que me tocó participar– nos planteaban en 2014 o 2015 que bajo ningún concepto se iba a usar la renta petrolera para financiar a una industria ineficiente, y eso sigue dando vueltas, dicho por funcionarios puestos por el Estado nacional. Me parece que la revisión de los mapas conceptuales es necesaria: el rol del Estado no puede agotarse en las cuestiones respecto de si YPF es nuestra, en lo cual estamos todos de acuerdo, pero hay que ponerle un poco más de contenido a esa discusión.

El cuarto punto es el tema de la inserción internacional: acá está Enrique, que sabe del tema como pocos, y seguramente nos va a hablar un rato largo de esto. Yo solamente quería mencionar esta idea: ahora hay todo un debate sobre si China es un nuevo imperio o un contraimperio. Más allá de eso, el tema es que China nos

propone una relación imperial en términos de intercambio comercial. Por encima del rótulo que le pongamos a China, hay que discutir estas cosas. Claramente es un modelo de reprimarización y reestructuración productiva. En la etapa anterior no se cuestionó mucho este aspecto, pero a partir de los acuerdos financieros y sobre todo de los acuerdos estratégicos dejamos pasar muchas oportunidades en términos de desarrollos industriales nacionales; ni hablar de la etapa actual, donde el corazón es la reprimarización y el desmantelamiento de buena parte de las bases productivas.

Me parece que en estos cuatro temas se resumen un poco algunos desafíos, o por lo menos lo son desde mi mirada para pensar estas cuestiones, anclado en esa caracterización de la restricción externa en la que no casualmente dejé afuera la deuda, porque aunque este tema estuviera resuelto, esos otros elementos estructurales son pesadísimos y sería bueno que en algún momento los empecemos a debatir en serio. Muchas gracias.

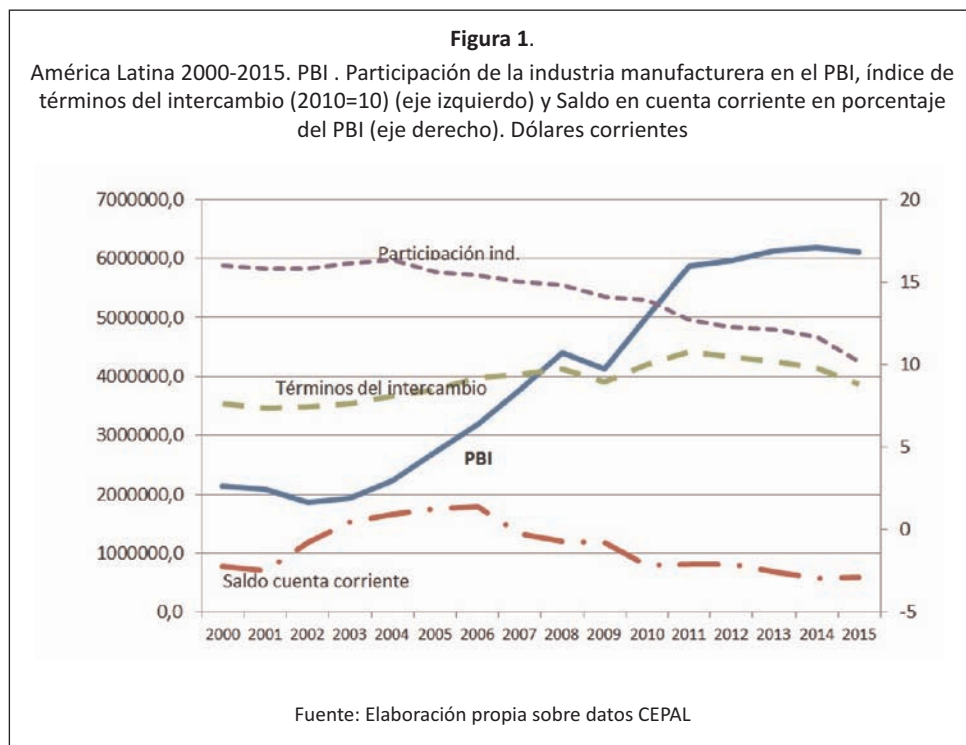
Enrique Arceo

Abogado (UBA) y Doctor en Economía del Desarrollo (Universidad de París, Facultad de Derecho y Ciencias Económicas). Investigador Asociado del Área de Economía y Tecnología de la FLACSO.

Agradezco la invitación, también los elogios. Me pareció realmente interesante –no podía esperar menos– la intervención de Martín, porque nos pone frente a los datos duros. Yo voy a tratar de escapar un poco de los datos duros. Voy a tratar de hablar del título, que es complicado: “¿Qué tipo de capitalismo es posible en la Argentina?”. Es obvio que por lo menos el que tenemos es posible.

¿Por qué hablar de capitalismo? Supongo que porque cuando se piensan estos temas se habla de la relación de fuerzas mundial, regional y nacional y esto no da para pensar en modelos que vayan más allá del capitalismo. Pienso que en toda reflexión, acerca de una estrategia de largo plazo de desarrollo y transformación, debe tener como una de las posibles alternativas el desarrollo de relaciones de producción que vayan más allá del capitalismo. Esto es un convencimiento que ustedes pueden llamar ideológico: es necesario ir más allá de lo que parece actualmente posible, porque lo posible no está predeterminado. Si alguien le preguntaba a Lenin en 1912 o 1913 -y algo sobre eso escribió Trotsky- que cinco años después iba a haber una Revolución Rusa, tal vez hubiera contestado que era una locura. Lo que pasa es que uno debe plantearse la voluntad de asaltar el cielo, y si no lo hace, se queda chapoteando en el barro.

Por eso hay que plantear un modelo de desarrollo olvidándose un poco de lo que dice Martín, que está justo en el centro de todas las dificultades que tenemos. En definitiva, los capitalismos son múltiples, los modelos son múltiples, pero no todos son deseables. Cuando se piensa en un modelo de desarrollo debería optarse por pensarlo desde los sectores populares. No todos los modelos son posibles para los sectores populares, y uno debería pensar además en un modelo conducido -y condicionado todo lo posible- por el accionar de los sectores populares.



Ahora saldré del análisis desde la Argentina.

Quiero hacer una muy breve reflexión sobre América latina. ¿Por qué? Porque no me quiero enredar en las múltiples particularidades nacionales: cuánto es culpa del kirchnerismo, cuánto no es culpa del kirchnerismo, cuánto es culpa de esto o de aquello. Prefiero destacar algunas variables estructurales que son comunes a toda América latina.

77

La **figura 1**, elaborada sobre datos de la CEPAL, que es muy simple. Se trata de América latina en su conjunto, y es fácil de leer. Fíjense que hasta 2003 el PBI descendía (había empezado a subir levemente en 2002), mientras que empieza a mejorar el saldo de cuenta corriente. En América latina siempre pasa que cuando el PBI cae el saldo en cuenta corriente mejora. ¿Por qué? Porque importamos menos.

Figura 2

América Latina 1990-2015. Participación de la industria manufacturera en el PBI
(en dólares a precios de 2010)



Fuente: Elaboración propia en base a Datos CEPAL

Luego, en 2003, empieza un crecimiento excepcional del PBI en toda América latina, que se extiende hasta 2011. Después se ameseta: lo que llama la atención es que el crecimiento de 2003 a 2011 está acompañado por un excepcional crecimiento de los términos de intercambio. Cuando caen los términos de intercambio cae el crecimiento del PBI y se sigue deteriorando el balance externo: es la mejor definición de la dependencia externa de América latina. Lo más grave es que la participación de la industria manufacturera, con una leve recuperación entre 2012 y 2013, cae permanentemente y en picada. Esto es en precios corrientes, pero si uno lo expresa a precios constantes la **figura 2** muestra,, la participación de la industria manufacturera en el PBI de América latina lo que se ve es una suave tendencia descendente hasta 2003-2004, y luego una fuerte caída, nada menos que del 15% en 2012. Es un proceso de desindustrialización feroz: no es resultado simplemente de que mejoraron los precios relativos de los productos primarios respecto de los industriales, porque la tendencia viene de antes.

Esto refleja muchos de los elementos estructurales que señaló Martín, y fundamentalmente se tiene la impresión de que los niveles arancelarios establecidos en 1995 ya no son suficientes para asegurar la reproducción de la industria latinoamericana tal cual es. Está la presión de la baja de los precios de los productos manufactureros importados, especialmente de China; en América latina la productividad, desde 1965 o 1966, crece a un tercio de lo que lo hace en China y en otros países asiáticos, lo que significa que desde esa fecha hasta hoy la productividad del sudeste asiático creció más de seis veces que la de América latina. En estas condiciones no hay industria con barrera aduanera que aguante, sobre todo si es fija. No quiero ser melodramático, pero una perspectiva de ese tipo nos pone ante una disolución nacional, porque un país con los salarios chinos y la riqueza de la Pampa húmeda, si los argentinos tienen algún sentido común, termina en una guerra civil. Pero fíjense que, de todos modos, América latina creció mucho durante estos años de términos de intercambio favorables y existe la esperanza de que esto se repita.

Figura 3

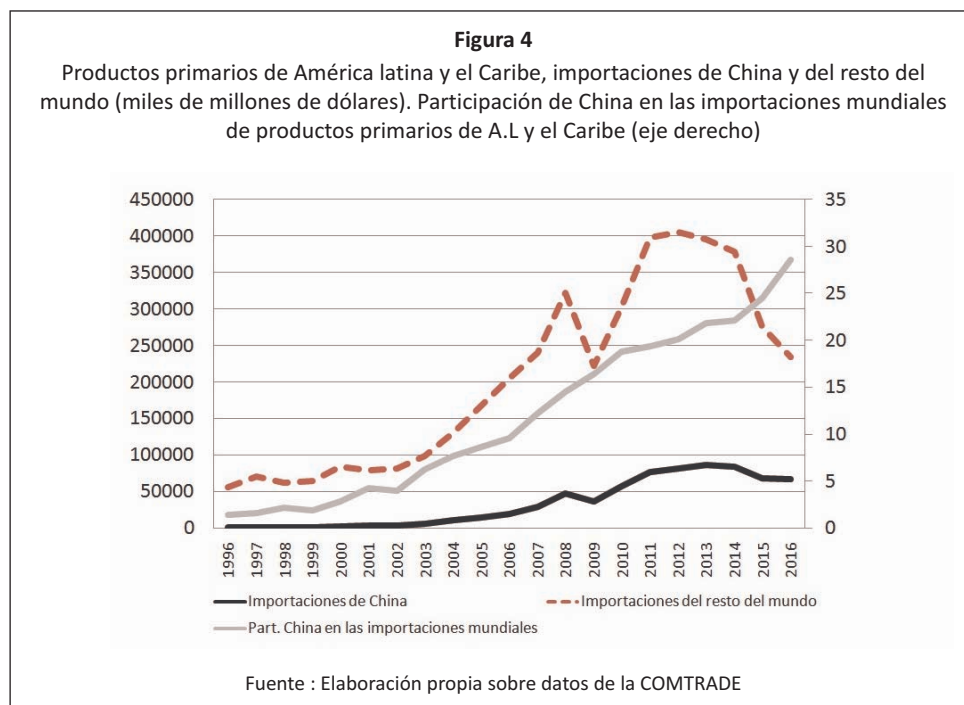
América Latina. Evolución de los términos de intercambio. 1880-2010



Fuente: CEPAL:Prebish y los Términos de intercambio (2012)

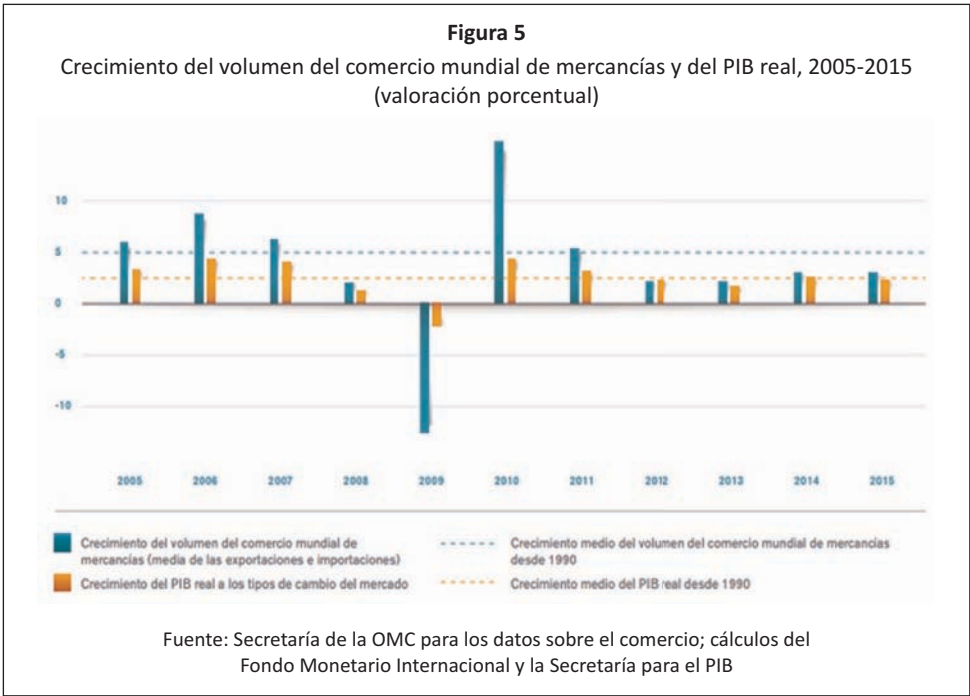
Pero vean también la evolución de los términos de intercambio (**figura 3**), que crecen entre 1880 y 1914 por la caída de los fletes. Luego, con altibajos, presentan una caída permanente hasta 2003. El período que se abre desde 2003 hasta 2011 es, desde todo punto de vista, excepcional, contrario a la tendencia que tenemos desde 1914, lo cual tiene como explicación única y fundamental el advenimiento de China a la economía mundial. Su crecimiento desaforado es un proceso que se da una sola vez en la historia económica mundial.

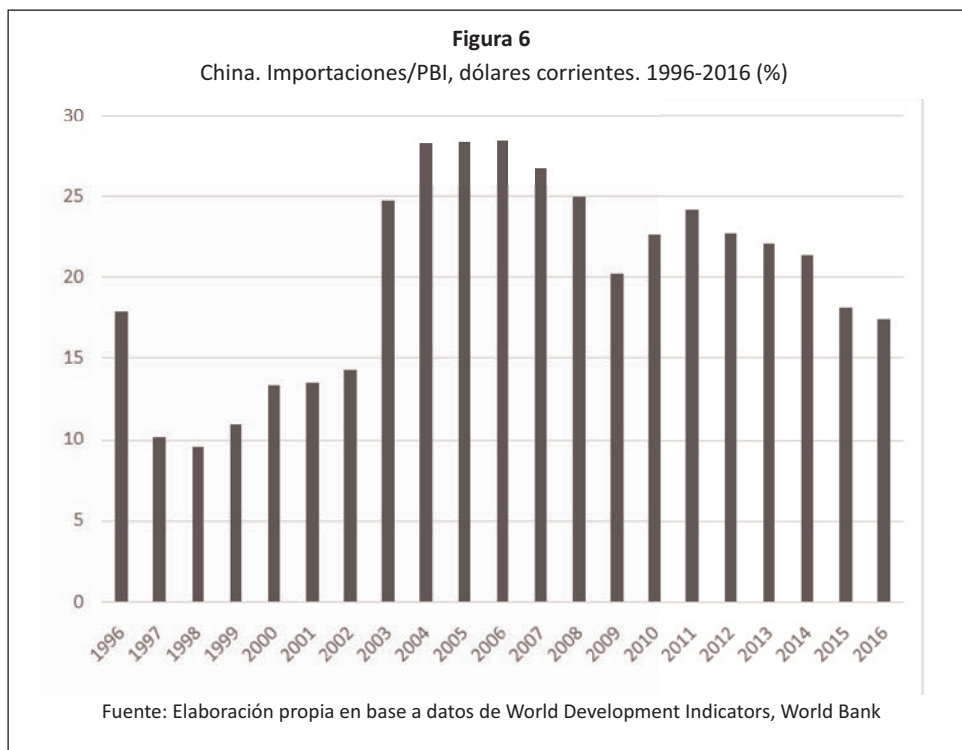
En la **figura 4** las curvas representan las importaciones de productos primarios provenientes de América latina y el Caribe: la curva de arriba son las importaciones del mundo menos China y abajo están las de China. Vean el salto que pegan las importaciones de China a partir de 2003-2004. Si bien allí ahí está jugando el factor precios, lo importante es la participación de China en las importaciones de productos de América latina que pasa del 3 % a más del 30 %. Es un cambio fenomenal: de repente un país pasa del 3 % de la demanda a más del 30 por ciento.



Obviamente, los próximos diez años no van a ser como los diez anteriores. Hay un conjunto de procesos que han desacelerado a China. Ya no crece al 10 %, sino al 6,5 %. Es un crecimiento importante, que también está cambiando su contenido. Está orientándose a los servicios y a la industria liviana; tiene una sobreacumulación en la industria pesada que se traduce en la financiación de los proyectos de infraestructura en todo el mundo, que es la forma de utilizar ese exceso de capacidad. Y estos cambios, entre otros, han disminuido el ritmo de crecimiento del comercio mundial.

En la **figura 5** la Organización Mundial del Comercio nos muestra en la línea de guiones superior el crecimiento promedio del volumen del comercio de mercancías desde 1990, la segunda línea es el crecimiento promedio del PIB. Puede además observarse hasta 2008-2010 el mayor crecimiento del volumen del comercio (primera columna de cada año) respecto del crecimiento del PIB (segunda de las columnas de cada año). Se trata de un modelo liderado por el comercio. Después de





2010 el crecimiento del PBI ha disminuido. El mundo tiende a muy bajas tasas de crecimiento y la diferencia entre el crecimiento del comercio y el crecimiento del PBI se ha achicado y casi ha desaparecido.

¿Qué está pasando? Uno tiene la impresión de que el proceso de transnacionalización de la producción tiende a agotarse, y esto quiere decir que la mayoría de los fragmentos de la producción que era posible trasladar a los países con bajos salarios ya se ha trasladado, mientras que hay una tendencia a que la automatización permita el regreso a los países centrales de ciertos fragmentos que se apoyan en la robótica para competir con China. El motor del crecimiento del comercio fue la transnacionalización de las empresas y de los procesos productivos, que es lo que se ha debilitado.

Si vemos la **figura 6**, verificamos que las importaciones chinas disminuyen en relación con el PBI de ese país, pero además -año tras año desde 2008- desciende el monto total de las inversiones directas en relación con el PBI mundial (**figura 7**). La transnacionalización estuvo impulsada por un flujo de inversiones directas que generó una profunda transformación en la división internacional del trabajo y un rápido incremento del comercio que tiende también ahora a desacelerarse. No es fácil pensar en una reversión significativa de esta tendencia. Estos son procesos que tienen todo el aspecto de ser irreversibles. China se plantea un plan sumamente ambicioso de desarrollo, “Made in China 2025”, pasar de tener en su producción un 40% de piezas esenciales de repuesto de origen local en 2020, a un 70% en 2025. Es un proceso fabuloso de sustitución de importaciones que China fundamenta muy bien: el grueso del valor agregado en las famosas cadenas de producción se lo queda el centro, y lo único que ella percibe son los ingresos de un trabajo mal pago; por lo tanto, China proyecta sustituir importaciones y crear una estructura industrial compleja para alcanzar en 2040 el mismo nivel de desarrollo industrial que los países centrales. Esto implica una enorme profundización de la transformación de la economía mundial ya en curso.

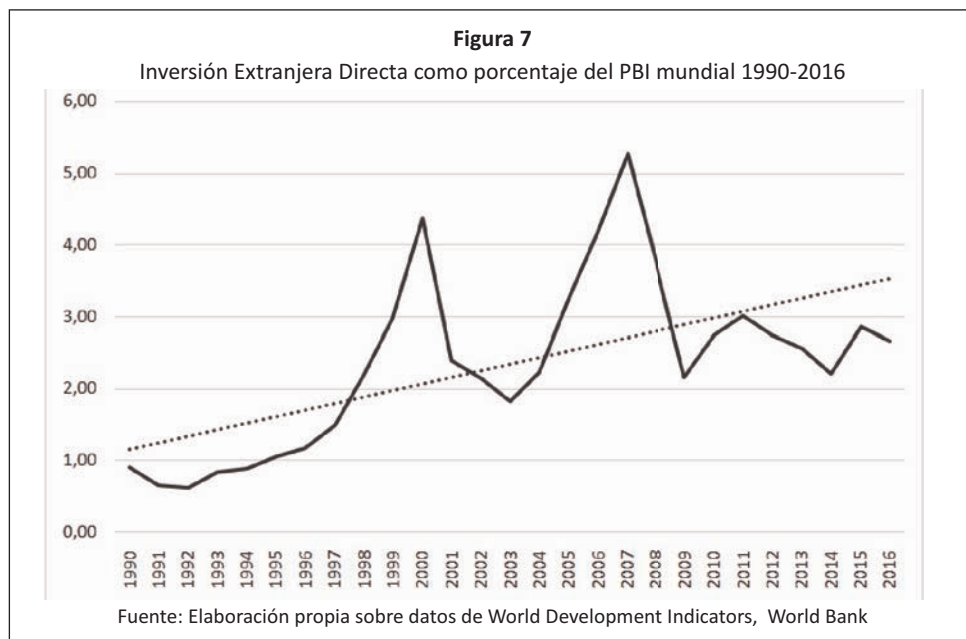
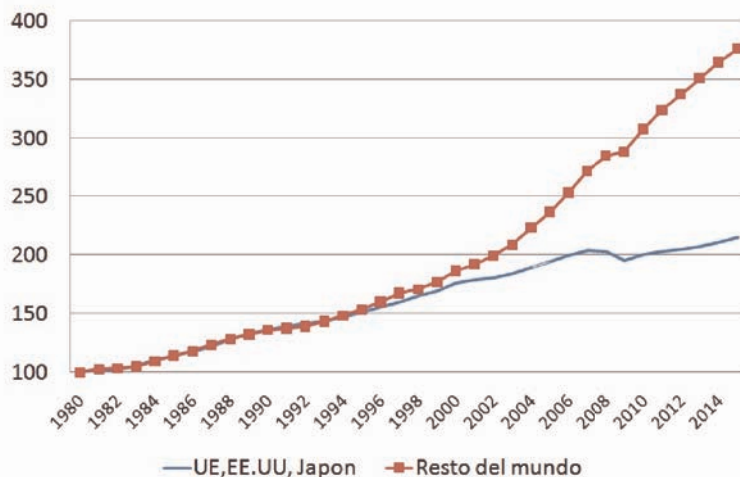


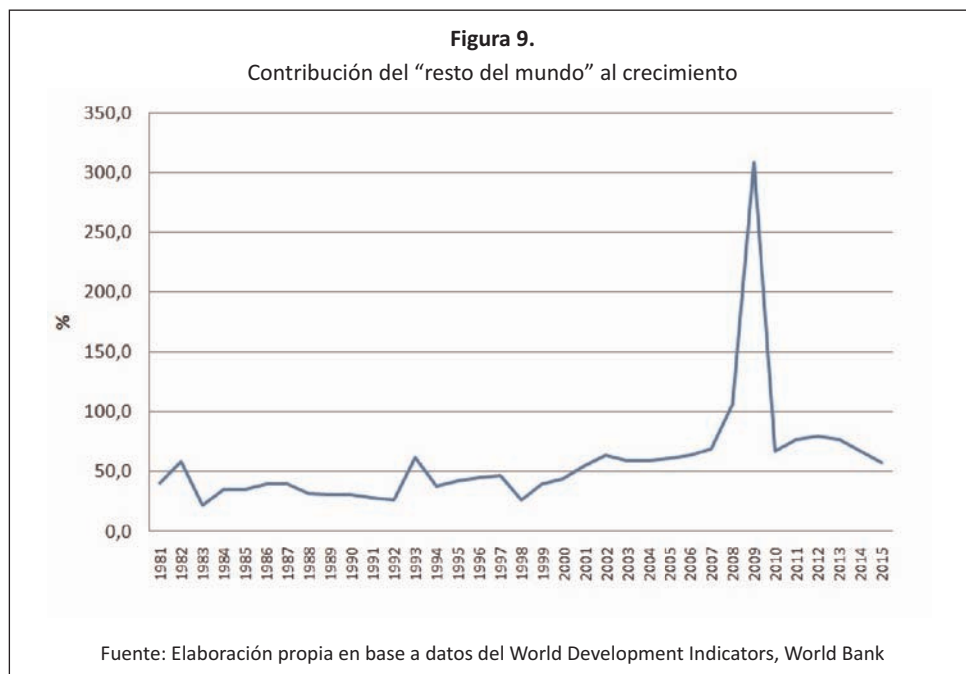
Figura 8.

Crecimiento del PBI de - EE.UU, la Unión Europea y Japón- y del Resto del mundo. Números índices 1980=100. Dólares de 2010



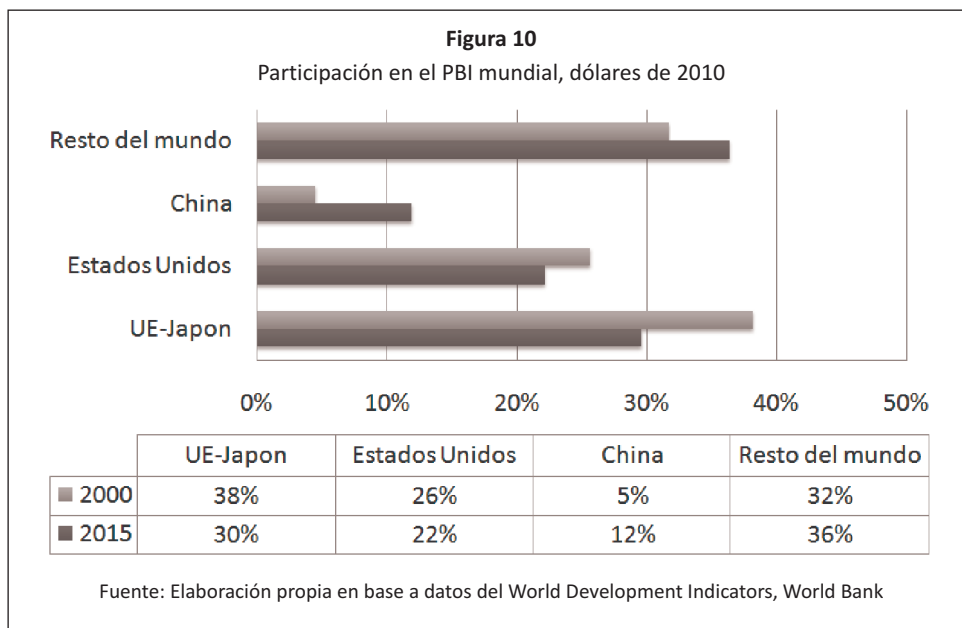
Fuente: Elaboración propia sobre datos de World Development Indicators, World Bank

A partir de 1995 (**figura 8**), en dólares constantes, se ve claramente la trayectoria de crecimiento de, por una parte, Estados Unidos, la Unión Europea y Japón y, por otra, del resto del mundo, integrado en su mayor parte por la periferia. Se abre una brecha en el crecimiento que transforma radicalmente la economía mundial en un contexto de crisis de hegemonía. Como se observa en la **figura 9**, la contribución al crecimiento de la Periferia (del resto del mundo), es mayor al 50 %. En el capitalismo, que los desarraigados del mundo, que tienen en promedio un ingreso per cápita que es el 15 % del que obtiene el Centro, vayan conduciendo el crecimiento de la economía mundial, marca una nueva etapa. Hay dos procesos acá, y no quiero entrar mucho en esto. Por un lado, la Periferia no podía, en el marco de la anterior división internacional del trabajo, crecer más que el Centro, puesto que el mercado de sus productos primarios era el centro, pero cuando la Periferia pasa a producir industria, no tiene como límite el mercado de productos primarios del Centro, sino el PBI del Centro. Se lo va comiendo, y por lo tanto crece mucho más que el Centro. Esto es una nueva etapa en la economía mundial, claramente, y re-



vierte un ciclo que comenzó con la Revolución Industrial, y, si somos más precisos, desde 1500. Hasta los años noventa del siglo pasado el crecimiento del Centro supera al de la Periferia y ahora lo que pasa es lo contrario. Esto implica un cambio notorio en el peso de las economías centrales. Estados Unidos, la Unión Europea y Japón caen, en conjunto, del 38 al 30 % del PBI mundial (**figura 10**); Estados Unidos, pasa del 26 al 22 %, y China sube del 5 al 12 %. China sigue siendo una economía gigantesca pero muy pobre. Pero la participación en el PBI mundial entre 2000 y 2015, de China y del resto del mundo se eleva del 37% al 48 %. Lo cual pone de manifiesto la caída de Estados Unidos y una nueva relación de fuerzas mundial en un contexto donde el capitalismo sigue experimentando una crisis cuyas causas los economistas nos peleamos por diagnosticar.

Lo cierto es que vivimos en la época de la robótica y de la automatización. Solow, que era un economista muy inteligente, alguna vez dijo que la electrónica está en todos lados, menos en las estadísticas. Hoy podemos decir que la robótica y la au-

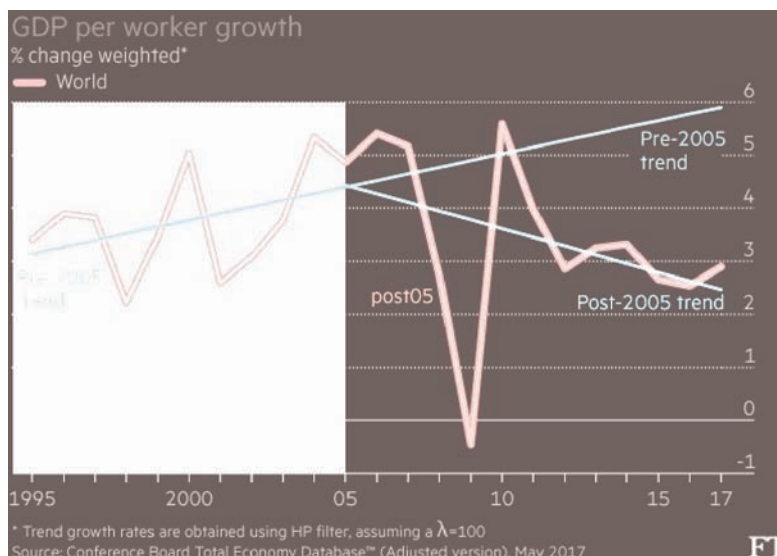


tomatización están en todos lados, menos en las estadísticas, y no es porque las estadísticas mientan. Se han reformado, y hay congresos internacionales todas las semanas para discutir el problema porque sería maravilloso descubrir que se equivocan las estadísticas. Pero existe consenso en que el margen de error es del 10 o del 20 % o sea que estamos ante una caída real del aumento de la productividad.

En la **figura 11**, que está tomada del *Financial Times*, vemos la tendencia del crecimiento de la productividad del trabajo desde 1995 y la caída posterior a 2005. Estados Unidos tuvo el año pasado (2016) un crecimiento de la productividad nulo. En “la edad de oro del capitalismo” (1945-1970) el crecimiento anual de la productividad del trabajo era, en el Centro, del tres y pico o cuatro por ciento. A esa “edad de oro” le siguió la época del “neoliberalismo”, con un crecimiento de alrededor del 2% anual y en esta nueva fase estamos en el uno. Evidentemente se trata de una nueva fase de la economía mundial a la que todavía no le podemos poner un nombre, pero que es claramente una fase de aguda desaceleración y se da tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. La productividad de China está creciendo muy por debajo de su tendencia desde 1995 (**figura 12**), y tiende a pasar

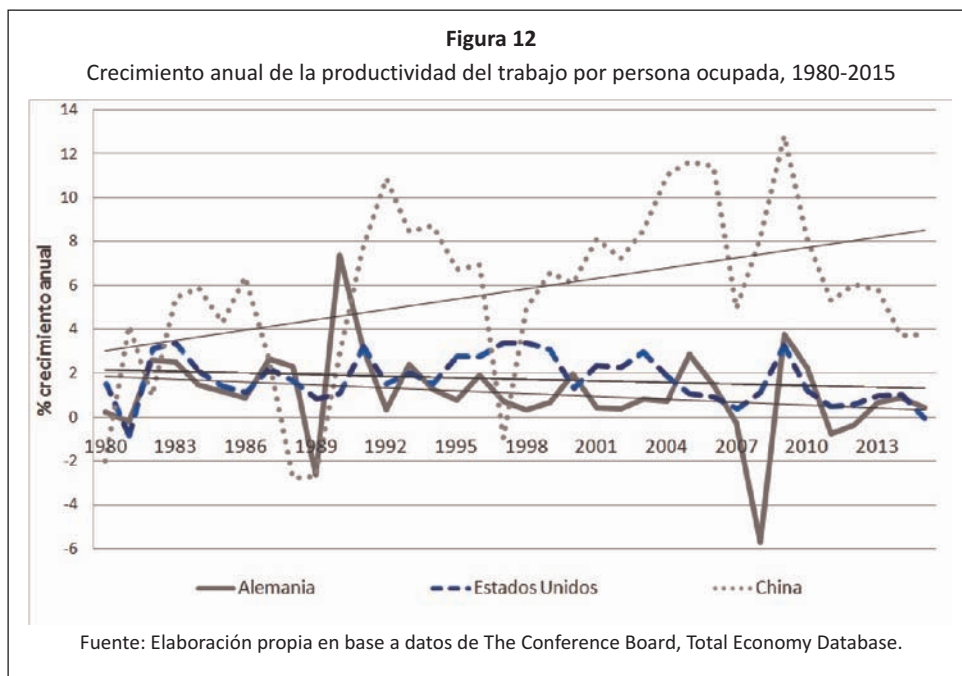
Figura 11

Mundo: PBI por trabajador, crecimiento 1995-2016



lo mismo con Alemania y Estados Unidos, o sea que estamos ante una desaceleración estructural del capitalismo.

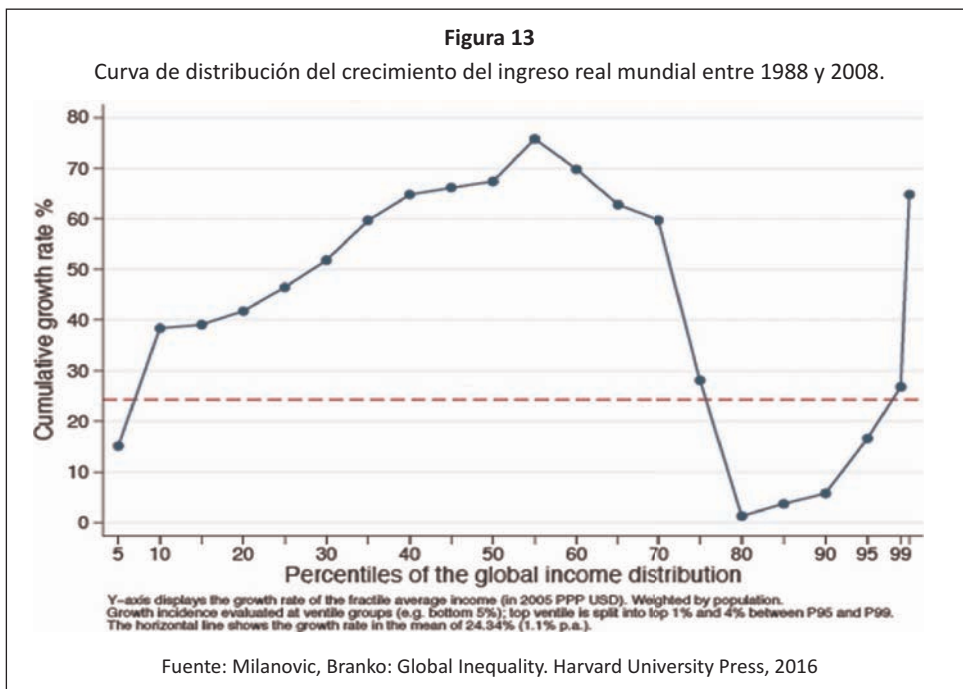
François Chesnais, el economista de la financiarización, acaba de publicar un libro interesante. Es un viejo que se enoja fácil, por lo visto, porque cambia todas sus posiciones y dice: “No me jodan. Esta es la crisis final. El capitalismo no se puede recuperar de esto”. Uno sabe que el capitalismo se recupera de muchas cosas. El planteo de Chesnais está acompañado por la gran mayoría de los economistas marxistas franceses, y un economista ortodoxo como Gordon, en Estados Unidos, señala que estamos en una fase de inevitable e irreversible caída del crecimiento en los países centrales. Los trabajos de Gordon, que recomiendo a todos, porque es un excelente estadígrafo, economista e historiador económico, habla de las formas de vida en Estados Unidos desde la independencia y dice: “El progreso es una vez para siempre”. Una casa confortable, con aire acondicionado, agua caliente, sin caballos en las calles, con coches y aviones, ya los tenemos. La gran revolución que



vivimos actualmente, dice, es en realidad, una revolución en el área del entretenimiento, las telecomunicaciones y el procesamiento de datos que no está cambiando el conjunto de la vida material, como la cambió el hecho de pasar la mayor parte de la población a un ámbito urbano, donde un conjunto de innovaciones permitió independizar en buena medida al hombre de las inclemencias de la naturaleza y eliminar gran parte de los riesgos para la salud derivados del medio ambiente. Esto exigió grandes inversiones, pero una vez realizadas éstas el espacio para la inversión y la innovación, afirma Gordon, se reduce drásticamente.

88

Lo que se está poniendo en duda, desde diferentes perspectivas, es la visión positivista del progreso indefinido, que es replicada por la idea de la acumulación sin fin. Por un lado, la naturaleza no es infinita y, por otro, el mismo crecimiento restringe de alguna manera los campos de inversión futura del capital. Se pueden inventar necesidades todos los días, pero cada vez en ámbitos más acotados, y esto viene acompañado de una tremenda desigualdad.



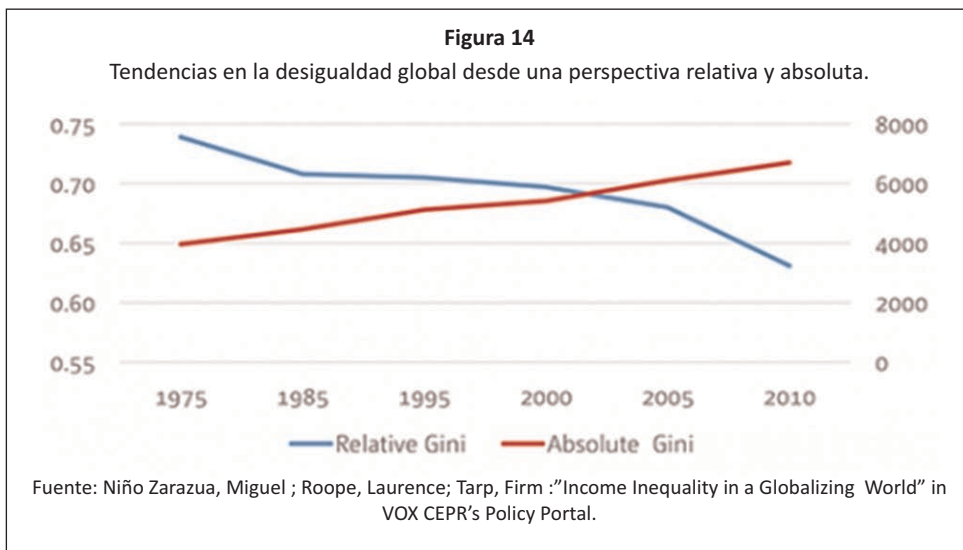
Branko Milanović es un economista que fue funcionario del Banco Mundial, que dedicó su vida a un trabajo imposible. Finalmente le salió bien. Ustedes saben lo que es una encuesta de hogares. Agarró todas las encuestas del mundo, las empalmó, las hizo compatibles, y por primera vez tenemos la distribución por fractiles del ingreso mundial. Este es uno de sus cuadros, que se hizo famoso en la teoría económica en los últimos años. Es la curva de la distribución del crecimiento del ingreso real de la población mundial entre 1988 y 2008, diferenciada en ventiles/percentiles. Se llama “El elefante” (**figura 13**) porque tiene la forma del elefante cuando levanta la trompa. La línea punteada indica que el ingreso de la población mundial creció en promedio, un 24 %, lo que significa (para que no nos hagamos demasiadas ilusiones) un crecimiento del 1% anual acumulativo. Todo el crecimiento en el ingreso promedio de algo más de la mitad de la porción más pobre de la población mundial es fundamentalmente atribuible a China y, en menor medida, a Indonesia, Tailandia y Vietnam, y los que crecieron por debajo de la media son las capas medias de los países ricos, la clientela de Trump. El último 1%,

de la población mundial, los super-ricos, han tenido en cambio un aumento increíble en su apropiación del ingreso.

Branko Milanović dice en su último libro “Global Inequality”, una cosa que parece desesperanzada: “En realidad, no veo ningún signo de que esto pueda revertirse. No veo en Estados Unidos, en Europa, en Japón, movimientos sociales y políticos que planteen instrumentos susceptibles de revertir esto”.

Estados Unidos tiene, en cambio, la posibilidad (aunque a un gran costo, dado su propio grado de desindustrialización y la oposición que ello levantaría en el gran capital norteamericano trans- nacionalizado) de frenar en gran medida, el ascenso del ingreso chino si cierra total o parcialmente su mercado a China. El nacionalismo del imperio siempre es contrario al nacionalismo de la Periferia, no porque ataque al libre comercio, que le conviene a China, que tiene los costos más bajos, sino porque trata de cerrar por diversos medios el camino a los avances en la industrialización de la Periferia. La nueva fase de la economía mundial va a ser también, necesariamente, una fase de agudas confrontaciones. Ahora se está renegociando en el NAFTA la cuota de azúcar de México. Según el tratado, podía refinar el 50 % de sus exportaciones, y el resto tenía que ser caña. En el nuevo tratado, hecho a punta de pistola, México renuncia a exportar más del 30 % de azúcar refinada. Fíjense que esto es casi un símbolo. El azúcar es un producto primario. Si ni siquiera se puede refinar el azúcar, que me hablen de un crecimiento de la Argentina tendiente a ser el supermercado del mundo ... Cuando tenía como profesor a Celso Furtado en París, me decía: “Todo esto del libre comercio es una huevada. A nosotros los norteamericanos no nos dejan tostar el café”. Después lo pudieron tostar. A los mexicanos sólo les dejan refinar una parte de su azúcar, y esto es parte de la relación imperial.

En la **figura 14**, finalmente, la línea gris es el índice Gini de los ingresos per cápita del conjunto de los países, que mejoró. La línea negra es el GINI de la brecha absoluta. Está mejorando la posición relativa de los países de la Periferia en la distribución del ingreso mundial, fundamentalmente sobre la base de China y la India, que son los más grandes. Pero la brecha se sigue incrementando en términos absolutos, porque el crecimiento absoluto de los ingresos de los chinos, que son el 10 % del de los norteamericanos, no es el mismo que el crecimiento absoluto, en si-



milar porcentaje, de un ingreso diez veces mayor. Es un mundo donde persiste la polarización.

¿Qué quiero decir con todo esto en lo que respecta a la Argentina? Que no podemos esperar que la evolución de la economía mundial cambie la situación si seguimos con este modelo, que lleva inevitablemente al ajuste por vía de la restricción externa. El ajuste y la restricción externa son la oportunidad de la derecha, pero además es un techo constante al aumento de los salarios. El ajuste pega sobre el salario, y no es casual que todavía el ingreso de los asalariados, en términos reales, sea menor al de 1974. Un teórico muy importante, Ruy Mauro Marini, decía que la condena de la Periferia era la superexplotación. Y puede verificarse que hubo un aumento de la productividad y los salarios cayeron; que hubo un aumento de la intensidad del trabajo y los salarios cayeron. Tiene que ver con el límite que impone la dependencia. Cuando uno piensa un modelo lo primero que hay que decir es que el problema no es el crecimiento, sino un tipo de crecimiento que reproduce una estructura dependiente y muy desigual.

Yo defino lo nacional como aquello que no se puede ir; el capital se puede ir, pero los trabajadores no. Lo popular y lo nacional son una sola cosa. Desde el punto

de vista nacional y popular no se puede pensar un modelo de desarrollo que no incluya un proceso de reindustrialización. Recrear en la Argentina un sistema industrial, en el marco de la globalización, es imposible. No podemos hacer un sistema en el que estén todas las actividades, como trató de hacer Corea y como hizo Japón, pero a lo mejor podemos aprender de Kamane Akamatsu, que es el teórico japonés del desarrollo, que explica que lo que hizo Japón en la primera mitad del siglo XX fue elegir ramas e integrarlas verticalmente. Akamatsu decía: “No teníamos la tecnología de una industria como la textil, hasta que en 1936 exportamos telares a Manchester. En ese caso hemos adquirido la tecnología”. Esto es un proceso de integración vertical. Empezaron con el tejido, pasaron a la vestimenta, luego exportaron, después crearon la maquinaria y esto, en sucesivos y distintos sectores, permitió la industrialización japonesa antes de la Segunda Guerra Mundial.

Armar un modelo de este tipo supone un Estado capaz de elegir ramas, de intervenir extrayendo excedentes del sector privado, extranjerizado, y haciendo inversiones, porque en un país sin burguesía nacional en los sectores industriales estratégicos, que son controlados por las transnacionales, las inversiones necesarias para integrar cadenas productivas y generar una nueva especialización no van a ser realizadas por el sector privado. El Estado es una cristalización de fuerzas, lo que quiere decir que los sectores populares tienen que empujar para que esto se haga, y además reformular totalmente el Estado para que refleje la nueva cristalización de fuerzas, que es lo que en la Argentina, desde 1973, no se pensó ni se intentó, y sin eso, los proyectos políticos son puro bla, bla.

Está claro, además, que el crecimiento no es solamente consumo. Un proyecto nacional exige inversión, y si queremos compatibilizar inversión y consumo nunca lo vamos a hacer si el modelo de consumo es Miami. Es absolutamente imposible tratar de reconstruir los modelos de consumo de masas del Centro en la Periferia, y esto nos desafía a pensar con la participación de la gente, porque sin la participación esto no se hace. ¿Cómo se puede pensar esto? Tal vez basados en modelos de consumo colectivo en educación, salud y vivienda, que tienen la ventaja de exigir pocas divisas. Es una vergüenza que un país como la Argentina tenga villas miseria, y esto no se arregla haciendo chalecitos, sino edificios con una planificación geográfica en los niveles nacional, provincial, local, etc., con participación de la gente.

Esto es apuntar a otro modelo, más allá de la lógica del beneficio de corto plazo que rige los modelos de acumulación desarrollistas.

Esta combinación de nuevas relaciones de producción en el consumo, en la reproducción del conjunto de la sociedad, con políticas de industrialización, creo que es el desafío de los modelos que tenemos que construir. Eso es la política. Yo soy simplemente un economista y acá lo tenemos a Vilas, que puede hablar mucho sobre el tema, pero esta es la reflexión que me despertaba el modelo de desarrollo. Nada más.

Las figuras también pueden verse en www.iade.org.ar

MESA DE CIERRE

¿Inevitablemente a los tumbos?

Carlos Vilas

Abogado (UNLP), magister en Ciencia Política y Administración Pública (FLACSO). Consultor de UNICEF, PNUD, ACNUR y OEA en Centroamérica y el área andina. Funcionario de la CEPAL (1974-76). Asesor de gobiernos de Centroamérica. Profesor de posgrado en la UNLa (Maestría en Políticas Públicas y Gobierno) y de la UBA.

Buenas tardes. Esta Jornada tiene como título “¿Qué tipo de capitalismo es posible en la Argentina?”. Podría haberse titulado: “Más allá del diagnóstico”, porque en realidad, con sus más y con sus menos, hay una fuerte coincidencia en el diagnóstico de los problemas que enfrentan la Argentina y América latina, pero no quiero salir de la Argentina. Aquí necesitamos preguntarnos cómo avanzar a partir del diagnóstico. La cuestión de qué tipo de capitalismo es posible en la Argentina, hoy o en el futuro, implica ponernos de acuerdo sobre qué es “lo posible”. Desde la perspectiva de la política, por lo tanto también de la política económica, posible es lo que, desde una correlación de fuerzas dada, en un escenario determinado, tiene perspectiva de éxito, o sea de alcanzar el objetivo buscado, pero como todos los otros actores que están jugando el mismo juego tienen también su concepto, intereses y preferencias nunca es posible determinar, a ciencia cierta qué es lo posible, incluso si se logra una acertada anticipación de las decisiones de los otros. Lo posible es lo que uno consigue como resultado de ese conflicto de intereses y de visiones, tanto más cuando “lo posible” refiere a totalidades complejas como son los regímenes político-económicos en juego y de visiones.

94

Entonces, con todo lo que hemos producido y estamos produciendo respecto de los alcances y limitaciones de estos doce o trece años recientemente transcurridos, y ante la no aberrante hipótesis de que el sendero que se ha emprendido a partir de diciembre 2015 si hacemos una proyección lineal, va a conducir a una nueva debacle, personalmente pienso que hay un riesgo, más allá del costo de la debacle, que siempre lo pagan los mismos, esa proyección resulta razonablemente acertada, tengamos la tentación de salir de esa debacle del mismo modo que sali-

mos de la anterior en 2002-2003. En sus logros pero también en sus limitaciones y en las contradicciones que no se pudieron superar

Sin embargo, justo es decir que más allá y en contra del estereotipo que difundieron Dornbusch y Edwards hace ya unos años sobre que los regímenes nacionales-populares o populistas siempre terminan en el descabro, eso es cierto con el final de la Alianza en 2001, que nada tuvo que ver con la economía política del populismo. Pudo haber sido cierto para el abrupto final del gobierno de Isabel Perón, mas no para el gobierno de Perón en el '55, que ya había superado la crisis y por eso hubo que hacer un golpe de Estado, ni fue cierto para el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, que entregó a la gestión actual una economía que no estaba en su mejor momento, pero que no era de ninguna manera la economía descabrada que después se ha venido diciendo, salvo en la carta que las actuales autoridades distribuyeron a los potenciales inversores extranjeros: *"Argentina: A Land of Opportunities"*.

Entonces, este debate no es nuevo. El antecedente inmediato que recuerdo, incluso de mucha sofisticación teórica, se dio en Brasil a mediados de los años sesenta, cuando era evidente que el esquema cepalino de sustitución de importaciones estaba agotado. En la Universidad de San Pablo, en torno de lo que se llamó "seminario del capital", donde participó gente como Fernando Henrique Cardoso, Guido Mantega y otros economistas y sociólogos que luego hicieron carrera política, se empezó a discutir si era posible el desarrollo del capitalismo en Brasil, lo cual era tautológico o retórico, porque lo que había en Brasil o lo que hay en la Argentina es, como se dijo aquí, capitalismo.

Esa pregunta revela insatisfacción sobre el tipo de capitalismo existente. Después se sumaron otros a la discusión, y llegaron a la conclusión de que no, de que el capitalismo no era posible, porque no había crecimiento ni inversiones. Luego vino el régimen militar, y después de un par de años a los bamboleos llegó el famoso "milagro brasileño", con Garrastazú Medici y compañía, y muchos cambiaron de opinión sobre la posibilidad del capitalismo, pero con la pregunta de qué tipo de capitalismo. Cardoso, cuando era un buen sociólogo, publicó una investigación comparativa entre la burguesía argentina y la burguesía brasileña, que se llama "Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes" donde encontró que

ese tipo de capitalismo nacional, no era atractivo para la burguesía industrial brasileña ni para la argentina, que aspiraban a insertarse o articularse en las líneas tendencialmente dominantes en la economía mundial.

En eso estamos ahora: en otro nivel, con otras características puntuales, pero la problemática es la misma, y es la problemática que en algún momento planteó Marcelo Diamand, que fue un hombre muy sensato, más que por economista por empresario. Si se equivocaba teóricamente no solamente era un desprestigio frente a sus estudiantes; perdía plata. Es la problemática de la pendularidad. Lo que no advierte Diamand es que esa pendularidad, como se dijo en algunas de las presentaciones anteriores, no es simplemente reiterativa. Esos movimientos pendulares conllevan niveles decrecientes de bienestar social, de posibilidades de desarrollo en el sentido integral y sobre todo de niveles decrecientes en términos de empleo, de distribución del ingreso y de calidad de vida.

Uno puede ver que los períodos de recuperaciones, de pendularidad expansiva, keynesiana o neokeynesiana, populista o como queramos llamarla, que hemos tenido en la Argentina, nunca han recuperado los niveles previos de distribución del ingreso entre capital y trabajo, como indicador de una correlación de fuerzas de clase. Nunca pudimos volver, no ya a los valores de 1974, que ya forman parte de la iconografía del capitalismo argentino; en cambio, vamos decreciendo persistentemente.

La pregunta es, ya que Enrique Arceo citó a Lenin, qué hacer. Podemos tratar de chapotear en el barro, ver de qué manera podemos aprovechar alguna innovación tecnológica, alguna curiosidad científica, una buena cosecha o bien, a partir de estos diagnósticos tan ricos y sofisticados, qué hacemos con eso. Ese “qué hacemos” no es solamente una cuestión macroeconómica ni de teoría económica. El hacer es, por definición, un hacer político, y cuando uno mira los ejemplos que normalmente se dan de salida del atraso, de desarrollo acelerado, etc., siempre se salió por el lado de la política. Eufemísticamente se dice: “Fue la intervención del Estado la que...”. Sí, ciertamente, pero ¿por qué el Estado en Japón, en Corea, en Taiwán, en la Argentina, en México, en Brasil en determinados momentos decidió poner manos a la obra?

Aquí algo se ha comentado sobre eso. Yo tengo una versión un poco más sofisticada respecto de la de los colegas. El tema del sudeste asiático fue el de la Guerra Fría en el sudeste asiático. Los grandes saltos adelante en materia de desarrollo económico en América latina y en el mundo periférico están vinculados con escenarios macropolíticos y geoestratégicos muy definidos. ¿Por qué, si no, Estados Unidos tolera, avala e impulsa la reforma agraria en Japón y en Corea del Sur en el mismo momento (1954) que le da un golpe de Estado al gobierno de Arbenz en Guatemala, por haber hecho la reforma agraria? Uno puede decir: “No, mirá, lo que pasa es que en Guatemala hicieron la reforma agraria contra la United Fruit, que era de los hermanos John Foster y Allen Dulles, secretario de Estado y jefe de la CIA, respectivamente”. Pero ese constituye un argumento anecdótico. El tema es que en 1949 en China había ganado la revolución comunista, con Mao, y obviamente a los que se fueron corriendo a Taiwán, o a los que estaban resistiendo en Corea, se les toleraron cosas como el intervencionismo del Estado, nacionalización de la banca, etc., que no se les toleraron a otros, porque en ellos el peligro no era Mao. El peligro, en todo caso, era la imputación de filofascismo que desde Estados Unidos se hacía respecto de regímenes nacionalistas y populares, como los de Vargas, Perón o Cárdenas.

Hubo un entorno político que fue condición de posibilidad de esa salida hacia un capitalismo regulado y dirigido por el Estado. Efectivamente, hubo reformas agrarias y esas reformas agrarias tuvieron sin duda una finalidad política, pero ¿eso qué significó? Significó modernizar y elevar la productividad del trabajo en un sector crucial para definir el costo de reproducción de la fuerza de trabajo. Una característica que tienen los países asiáticos –que, por cierto, no tenemos nosotros– es la dieta nacional básica. ¿Ustedes se imaginan si se pusiera una libreta de racionamiento a la cubana aquí en la Argentina con el bife de chorizo, las papas fritas, los panqueques con dulce de leche, el “fresco y batata”? No hay socialismo que aguante. Tratemos de recordar el malestar de aquellos tiempos de las vedas de venta de carne vacuna para potenciar saldos exportables. Esta idea del puñadito de arroz o, en otras economías, la tortilla con sal, aquí no correría, porque además juega la dimensión cultural del desarrollo: “Nosotros estamos para otra cosa”.

El desarrollo o el capitalismo no son solamente un estilo de acumulación de capital sino un modo de pensar la vida. Es esto que dice Margaret Thatcher: “La sociedad no existe; existen solamente los individuos y las familias”. El primero que dijo eso fue Thomas Hobbes en el *Leviatán*, cuando, al describir el estado de naturaleza, dice: “En él no hay sociedad y todo es violencia. La vida es brutal, ruin, salvaje y corta”. Tampoco en esto se inventa mucho.

El tema es que los esfuerzos para el desarrollo, en el atraso o en la periferia, como queramos llamarlo, han implicado siempre cruciales y decisivas intervenciones del Estado, pero de un Estado que preexistió a estos esfuerzos de crecimiento. No es cualquier Estado. Hay un viejo artículo de Peter Evans, que se llama algo así como “El Estado como problema y como solución”, donde analiza las burocracias japonesa, coreana y taiwanesa. La burocracia japonesa se seleccionaba por concursos desde fines del siglo XVIII, y lo mismo la coreana. Eran servidores del Estado, una casta o una clase, pero altamente identificados y calificados al servicio de un Estado que tenía como cúspide al emperador, que era Dios. Ese es el Estado que finalmente identifica cuáles son los nichos donde es posible impulsar cierto tipo de industrialización a partir de la mano de obra barata, pero satisfecha en sus necesidades básicas, que estaba ofertando ese sector agrario reformado. Esto no se dio en América latina, salvo en dos o tres países; uno de ellos fue la Argentina en la década de los setenta y ochenta del siglo XIX, con la “Conquista del Desierto” y la masacre de los pueblos del Noroeste paralela a la guerra del Paraguay... Esto no reduce el enjuiciamiento ético que merecen esas tropelías, que responden a la racionalidad político-económica del desarrollo de una economía capitalista moderna para la época. Si me perdonan la expresión, tenemos que bancárnoslo, por lo menos en términos de comprensión histórica. Eso hizo posible el desarrollo de la Argentina de la Generación del 80, de la que emergió la pujante clase media que finalmente llevó a don Hipólito Yrigoyen al gobierno.

El desarrollo del capitalismo tardío de Corea, de Japón, de Taiwan, de Singapur fue impulsado por estados con capacidades preexistentes. Hubo asimismo una coyuntura internacional geopolítica, definida parcial aunque no totalmente, por las fuerzas que predominan en la estructura de poder internacional. Hay un Estado que desde antes de que se plantee la posibilidad de un desarrollo acelerado, de una industrialización, de una transformación agropecuaria, está técnicamente prepa-

rado para asumir tareas de esta envergadura. Hay asimismo un hecho brutal: Japón y Corea emergen de derrotas políticas y militares, y la modernización de estas sociedades es producto de un estilo de intervención de la potencia dominante en esa parte del mundo por intereses que son de esa potencia dominante, independientemente de lo que pensarán los japoneses, los coreanos o los taiwaneses. Había que frenar el peligro del comunismo, que había triunfado en China. Por eso había que fortalecer a estos países, porque desde el atraso no se frena al comunismo. Esta no fue la situación de América latina.

Entonces, ciertamente el Estado fue el instrumento de un proyecto de industrialización acelerada de un tipo muy particular, como se dijo aquí, que no fue solamente industrialización liviana sino una industrialización orientada hacia algunas exportaciones selectivas. En América latina, hacia los años setenta, los países que más habíamos avanzado por el camino de la sustitución de importaciones éramos México, la Argentina y Brasil. En los sesentas y setentas ensayamos algo parecido, lo que se llamó en esa época “sustitución vertical de exportaciones”, es decir dejar de ser primarioexportadores para, a partir del esfuerzo de industrialización de las décadas precedentes, proyectarnos a través de las exportaciones. ¿Qué nos falló? Que teníamos dentro de ese esquema a esa clase terrateniente que había hecho grande a nuestros países a través de la exportación primaria y que conservaba el poder político. México no tanto, pero sí Brasil, la Argentina y el resto de América del Sur. Nosotros no tuvimos reforma agraria. No tuvimos el proceso de modernización agraria que usualmente se asocia con el concepto de “reforma agraria”, pero puede alcanzarse por otras vías. Aquí tuvimos el Estatuto del Peón de Campo, que obedecía a un espíritu benefactor extraordinario del peronismo, sin duda, para dignificar a los asalariados del campo, pero que les creó problemas económicos muy serios a los chacareros, a esos que empleaban dos o tres trabajadores eventuales asalariados durante el año y que tuvieron que empezar a pagarles como si fueran obreros industriales. Falló la racionalidad económica, pero ciertamente no hubo esa transformación ni en la Argentina ni en Brasil. En México, la reforma agraria cardenista, el sistema ejidal, fue, de alguna manera, una transformación de la estructura agraria. Nosotros no la tuvimos y por eso fue una industrialización con pies de barro.

No pensaba hablar tanto de esto, pero el tema es el siguiente: tenemos los diagnósticos global, regional y nacional. ¿Cómo hacemos un capitalismo un poco mejor que el que tenemos, un capitalismo que evada la pendularidad de la que hablaba Diamand? Básicamente, ¿con quién lo hacemos? Si uno quiere hacer un capitalismo necesita, en primer lugar, capitalistas, del mismo modo que si vamos a hacer el socialismo necesitamos algún tipo de proletariado, suponiendo que el proletariado esté realmente interesado en el socialismo.

Vuelvo a preguntar: ¿con quién vamos a hacer ese capitalismo adjetivado: socialdemócrata, populista, de rostro humano? Uno puede identificar, en un gran nivel de abstracción, tres grandes momentos históricos del capitalismo: el capitalismo que nace sobre la base de la acumulación del comercio, después viene la acumulación sobre la base de la producción y ahora estamos en la etapa de la acumulación en clave financiera. Realmente, tanto por izquierda como por derecha, nosotros, siempre y erróneamente, tendimos a identificar el capitalismo como referido a la producción física, a las máquinas, a las fábricas, retratadas en las novelas de Charles Dickens y *Germinál* de Zola. En realidad el que mejor planteó el asunto fue Braudel, en su historia *Civilización material, economía y capitalismo*, cuando titula al capítulo sobre el desarrollo económico del capitalismo “La producción, o el capitalismo en terreno ajeno”. ¿Por qué “ajeno”? Porque la producción se fija en el territorio, y el capitalismo se expandió circulando a través del espacio. En nuestro tiempo, y desde hace varias décadas, el capitalismo vuelve a estar en el espacio. Este capitalismo financiero, de rostro inhumano, indecente, como dice la presidenta del IADE, vuelve a circular, como pez en el agua. Este es el mundo óptimo del capitalismo, que puede o no durar mucho, pero esa es la preocupación de los intelectuales. El mediano o el largo plazo son nuestra preocupación, no la del capitalismo sino cómo aplicar la recurrencia del saqueo como mecanismo de acumulación, que puede ser el saqueo del pirata Drake, cuando desembarca en Panamá, arrasa con todo y le prende fuego, o el saqueo de los recursos naturales a través de los decretos 29 y 231 del presidente Macri, que garantizan, más allá de la extensión de la jurisdicción, el endeudamiento externo sin fin enunciado, con garantía en el patrimonio nacional: las minas, la tierra, la energía, etc.

Néstor Kirchner, en un discurso muchas veces citado, de octubre de 2003, en el Salón Blanco de la Presidencia, habló de un desarrollo impulsado por el Estado con

el apoyo de la burguesía nacional. En realidad, el tema de la burguesía nacional no lo inventó Kirchner. ¿De dónde lo toma? En lo inmediato lo toma de un discurso del banquero Jorge Brito, cuando asume la presidencia de la Asociación de Bancos de la Argentina. Brito dice, en un momento en el que se estaba ante las últimas re-verberaciones del desmadre de 2001-2002, que es necesario impulsar una estrategia de desarrollo nacional protagonizado por ellos, por la “burguesía nacional”. Yo creo que Kirchner lo tomó de ahí. Con esa expresión se hicieron banquete los economistas y sociólogos del país. Se puede consultar al efecto la colección de los tres o cuatro últimos años de la revista *Realidad Económica*, donde hay varios artículos que sobre la base de datos criticaban la propuesta por anacrónica. Es un poco lo que se ha planteado correctamente aquí sobre el interés de la cúpula empresaria en desempeñar el papel de ese tipo de burguesía.

De todas maneras, este planteo del anacronismo de la burguesía nacional en una sociedad con un nivel tan alto de concentración y de extranjerización de la economía, y en una época que apunta hacia más de lo mismo, no advierte el problema político subyacente. Si los grandes no quieren y los chiquitos no alcanzan, ¿con quién hacés el desarrollo capitalista? Ese es el tema político, y no sólo de ecuaciones económico-financieras. Por favor, esto no es un tema de si me gustó o no me gustó, si participé o no participé de lo que para algunos es la “década ganada” y para otros es “se afanaron todo”: el tema es si la gran burguesía, si las 500 o las 750 mayores fortunas no están interesadas en eso porque ya están articuladas a la financierización global, porque están pensando en la formación de activos externos, y la pequeña y la mediana industria ni siquiera sabe cuántos son...: esta es la experiencia personal de una larga conversación que me facilitó Juan Carlos Amigo con un funcionario de una asociación importante de la pequeña y mediana industria, quien dijo: “La verdad, doctor, ni nosotros sabemos cuántos somos”. Es un ejemplo de falta de fuerza institucional.

El intento de ese desarrollo fue el de hacerlo un poco con todos, pero por la propia dinámica de la economía y de la economía política, que aquí ha sido descripta, ese experimento empezó con tasas de crecimiento del 5 o del 6 %, impulsado por dos objetivos básicos: recomponer la economía, darle un mínimo de gobernabilidad y garantizar la continuidad institucional. En ese sentido se lograron los objetivos, pero llega un momento en que ese proyecto choca con la restricción externa, con

la diferenciación de intereses, con el impacto de la propia dinámica de ese esquema de recuperación y de reactivación en las clases sociales. Aquí se ha expresado claramente que la burguesía, en un período de diez o doce años en los que fue subsidiada se le dieron tarifas y se le garantizaron mercados, creció no sólo en el nivel de concentración económica sino en el nivel de extranjerización. Crecieron la formación de activos externos y la remesa de utilidades; eso hay que asumirlo como una característica estructural o esencial, ontológica, de nuestra burguesía, porque ya en la época de la convertibilidad, no sólo con Cavallo sino con Menem, mandaban la plata al exterior cuando tenían el uno a uno, cuando tenían inflación cero, cuando ibas al banco y comprabas todos los dólares que querías.

La plata se iba hacia afuera. Yo creo que eso es, si ustedes quieren, la maldición de Isabelita y Celestino Rodrigo, su ministro de Economía, y ahí fue cuando la clase media argentina empezó a ahorrar en dólares.

Esta es la burguesía nuestra, que no es la burguesía compradora ni la *lumpen-burguesía* de André Gunder Frank. Es una burguesía que hereda de la oligarquía agropecuaria su sensibilidad frente a las alzas y las bajas de los mercados internacionales. Cuando tenemos una economía que depende estructuralmente de las exportaciones en las cuales no fijamos los precios, porque nosotros nunca fijamos los precios ni del trigo ni del girasol ni de la carne, dependemos de la evolución de factores exógenos. Entonces, obviamente, nos hacemos especuladores, inseguros, cortoplacistas, y el corto plazo es enemigo del desarrollo industrial, acelerado o no acelerado.

Algo equivalente pasa con los trabajadores, con el pueblo en general. Los trabajadores, hoy por hoy, no son esos trabajadores del primer peronismo o del “Estado novo” brasileño, esos trabajadores que están tan bien representados en los cuadros de Carpani, al estilo de Hulk, que sacan los músculos y rompen la camisa. En primer lugar, el mundo del trabajo está fragmentado, porque están los asalariados formales, representados por los grandes sindicatos; los trabajadores informales, cuentapropistas o no registrados, y están los desempleados estructurales, que van creciendo por fuerza de las distintas oleadas de ajuste, de contracciones, de neoliberalismo, con mínimas, si alguna, probabilidad de reincorporarse al proceso productivo. De hecho, lo que está ocurriendo es el crecimiento de esta masa de lo

que ahora, un poco en serio y un poco eufemísticamente, llamamos “economía popular y solidaria”. Le comentaba recién a Alfredo García que es solidaria, pero entre ellos: cuando se te instalan tres manteros en la vereda de tu zapatería, en la cual tenés que pagar la factura de la luz y los impuestos y eso te da para que coman vos y tu familia, andá a que te expliquen la solidaridad, lo cual ilustra una de las contradicciones internas que se manifiestan en el pueblo, en las clases populares.

Por otro lado, hay una creciente “clasemedificación” de los asalariados, no sólo de los profesionales y técnicos asalariados sino del trabajador fabril o de servicios de infraestructura, aquel de los cuadros de Carpani, que ahora, por la mejora del salario real y los convenios colectivos va y se compra una Dolce & Gabbana, que quiere mejorar su nivel de vida en términos de la publicidad dirigida a los sectores medios, eso que ahora se denomina “clase media aspiracional”. Ojo: no estoy re-frendando el discurso de los funcionarios del gobierno de Cambiemos, la fantasía de que con tu sueldo podías comprarte el plasma o el celular, o irte a hacer turismo al exterior. No era fantasía: de hecho, podías, y lo hiciste. El problema es que cierto tipo de consumo implicaba presionar adicionalmente sobre la balanza de divisas y a la postre favorecía esa restricción externa.

Les muestro un cuadro que tomé de un texto de Gabriela Bensa.

Distribución de los hogares según clase del principal proveedor del hogar			
	2003	2006	2013
Clases altas	3,7	3,2	0,9
Clases medias	42,7	45,0	47,8
Pequeños empresarios	3,3	3,7	3,8
Profesionales, técnicos y jefes	20,9	23,5	23,8
Trabajadores no manuales de rutina	18,5	20,9	20,2
Clases populares	53,6	51,9	51,3
Trabajadores manuales calificados	27,5	31,2	33,8
Trabajadores manuales no calificados	26,1	20,6	17,6
Beneficiarios planes sociales	5,6	1,0	0,5

Fuente: adaptado de G. Benza en Kessler. La sociedad argentina hoy, Buenos Aires: Siglo XXI 2016.

Ella analiza, con base en las encuestas de hogares, la evolución de la estructura de clases del área metropolitana. Hacer análisis de clases en función de encuestas de hogares es muy cuestionable, pero es aceptable con fines ilustrativos. Entre 2003 y 2013, las clases altas –como quiera que se las defina– experimentaron un retroceso en su peso relativo. Ojo: cuando uno compara cifras relativas y si en términos relativos cayó o creció, eso no guarda una relación directa con los valores absolutos. No quiere decir que haya habido menos clases altas en 2013 que en 2003, sino que en 2013 había, en proporción, más clases “no altas” que en 2003. Las clases medias pasaron del 42,7 % al 47,8 %, y las clases populares, que comprenden a los trabajadores manuales calificados y no calificados y a beneficiarios de planes sociales, pasaron del 53,6 % al 51,3 % en 2013. Nada espectacular, pero ojo: en 2003 los trabajadores manuales calificados representaban el 51 % de esas clases populares. En 2006 habían subido al 60 %, y en 2013, al 65 %, es decir que crecieron casi el 15 % respecto del total de trabajadores calificados dentro de las clases populares al inicio del período.

¿Qué quiere decir esto? El conjunto se mantuvo más o menos estable, pero los cambios significativos fueron dentro del conjunto. Pasar de la mitad de las clases populares al 65 % implica cambios en las aspiraciones, en el imaginario, en la vida cotidiana. El que se iba a San Bernardo ahora compra el paquete y se va a Chile o Brasil. Fíjense ustedes: cambia también la relación respecto de algunas opciones de inversión. Según un estudio que hizo la AFIP de la venta minorista de dólares entre enero y octubre de 2015, es decir los diez últimos meses de la presidencia de Cristina Fernández, cuando el cepo seguía vigente, esas ventas llegaron a sumar 8.518 millones de dólares en 13,3 millones de operaciones, lo cual da un promedio de 636 dólares por operación. Esto echa por tierra el mito de que los que compran dólares son todos magnates. El 39 % de esas operaciones representó un 20 % de las ventas, con un promedio de 327 dólares por operación efectuada por personas físicas con ingresos mensuales de hasta \$ 20.000, que en ese momento era poco menos de 2.000 dólares al mes. Esta no es la alta burguesía. El promedio revela que se trata de la clase media profesional, los comerciantes, la pequeña burguesía acomodada, los trabajadores protegidos por los convenios de los grandes sindicatos. Y junto con esto tenemos a los que van siendo arrojados a la banquina de la autopista del desarrollo neoliberal a través del ajuste, la quiebra de empresas, la reconversión de las relaciones laborales, etc.

Hay algo en lo que queremos ser coherentes con nuestros buenos sentimientos, cuando nos detenemos a describir las opciones o las amenazas, según las miremos, de los nuevos desarrollos tecnológicos, la robótica, la informática, etc.: ¿qué pasa con la fuerza de trabajo? Hay una redundancia creciente de la fuerza de trabajo. Esto lo planteaba Enrique y yo lo suscribo. La reprimarización de la economía argentina más todas estas innovaciones y estos “chiches” que le compramos a Microsoft están expulsando fuerza de trabajo. En términos de teoría económica, esto es volver a la vieja tesis de Arthur Lewis sobre la acumulación de capital con oferta ilimitada de fuerza de trabajo. Las innovaciones técnicas permiten desagregar los procesos complejos en operaciones simples: es lo que los gringos llaman “*de-skilling*” del proceso de trabajo. Cualquiera puede ser repositor de supermercado, cualquiera puede ser metalúrgico un poco como mostraba Carlitos Chaplin en *Tiempos modernos*. Por lo tanto, ese trabajador pierde capacidad de negociación y fuerza organizativa.

Entonces, con ese empresariado, con esos sectores medios, con esa clase trabajadora, ¿con quién hacemos el desarrollo, o al menos un tipo menos perverso de capitalismo, sin mencionar todas las restricciones por el lado de la normativa y de las políticas financieras, que han sido tan bien presentadas aquí? Yo creo que ese es el desafío. No vengo a venderles una víbora, algo “para el bolsillo del caballero y la cartera de la dama”, pero pongámonos a pensar cómo salimos de esto, aunque sea pensando que esto nos lleva a la crisis, porque si no tenemos un esquema alternativo, vamos a tratar de salir de la crisis, en el mejor de los casos, de la misma manera que salimos en 2002-2003, y no tiene por qué irnos mejor que lo que nos fue hasta 2006-2007. Aunque en ese momento yo lo critiqué, visto en perspectiva, el argumento de Roberto Lavagna en 2005-2006 no era descabellado. Algunos de ustedes lo recordarán. Lavagna, en aquel momento ministro de Economía, planteaba que había que desacelerar, bajar el ritmo de crecimiento, porque se estaba recalentando la economía, y Kirchner le contestó que al contrario, no había que enfriar la economía. Yo no sé quién tenía razón en ese momento, pero se planteó una discusión de hasta dónde es posible avanzar en una estrategia simplemente de recuperación y de reactivación sin alterar los rasgos estructurales de la economía. Para decirlo en el lenguaje de moda de la sociología política, ¿hasta dónde se puede estirar el neopopulismo y a partir de cuándo hay que pensar en otra cosa?

Ese, creo yo, es el sentido de esta jornada. No es “basta de diagnósticos”. Aun haciendo diagnósticos, estamos corriendo atrás de la liebre. Es como dice nuestro ministro de Educación: si se plantean quince temas distintos, nos metemos en uno pero los otros avanzan en los otros catorce. Así funciona el capitalismo, y este es el capitalismo realmente existente. Pueden preguntarme: ¿y por qué no pensar el socialismo? Sí, pero ¿a partir de dónde y de qué? Con todo respeto por los afectos y las nostalgias, los que quieren el socialismo sólo piensan en un régimen de partido único. Explorar un camino nuevo o insistir en uno viejo siempre plantea energías, sacrificios y recursos de grandes mayorías nacionales, por lo tanto hay que ser muy cuidadoso en la elección de las opciones y no perder contacto con el alineamiento de las fuerzas sociales. La realidad no siempre se compadece con lo que a nosotros nos gustaría, pero si no asumimos que hay un montón de cosas en la realidad que no nos gustan, nunca vamos a poder superarlas.

En un exceso de duhaldismo, el entonces presidente interino Eduardo Duhalde dijo que la Argentina estaba condenada al éxito. ¿Se acuerdan? Este es el momento de la tesis: los argentinos somos grandes. Estamos en el fondo de América del Sur. Nadie pasa por aquí. Por México pasa todo el mundo. Esto genera en todo argentino y argentina de bien una mentalidad de que somos lo máximo. Somos la última Coca-Cola antes del desierto, y eso se advierte en el lenguaje cotidiano: “regio”, “diez puntos”, “diosa”. En otras partes uno pregunta: “y a vos ¿cómo te va?”. “Y, más o menos, ahí ando”, que es como le va normalmente a la mayoría. Aquí la pregunta es “¿Todo bien?” y nadie espera la respuesta, que se da por descontada.

Entonces, como primer mandatario de una cultura de este tipo, Duhalde manifestó: “La Argentina está condenada al éxito”. Esa sería la tesis. La antítesis sería la de la decadencia inevitable: estamos condenados a la primarioexportación, tenemos que manejar un mercado de trabajo que sea el 30 % del actual, ver de qué manera hacemos cárceles y verjas electrificadas para encerrar a los que ya no tienen lugar en el mercado de trabajo, etc., y eventualmente apostar a que los chinos van a seguir comprándonos soja.

Frente a esa tesis y esa antítesis, yo propongo una síntesis, la síntesis de lo que yo llamo “escepticismo dialéctico”. Las cartas no están echadas. No tenemos garan-

tizado el éxito pero tampoco estamos condenados al fracaso. Eso depende de la capacidad que tengan los intelectuales, los trabajadores, los sobrevivientes de la burguesía esquilmada, de ponerse de acuerdo políticamente y definir objetivos colectivos racionales. Los ejemplos que podemos sacar de los pocos países que en el curso de una o dos generaciones salieron del atraso y del subdesarrollo y llegaron a ser lo que hoy son por un esfuerzo concertado –pensemos en lo que era Corea en los años cincuenta del siglo pasado y lo que éramos nosotros o lo que era México, o incluso lo que era Brasil– no son muchos, pero no hay otra forma. Por eso creo que el aporte de instituciones como el IADE, de las universidades, -ciertamente, ante todo, de las universidades públicas, sin las cuales es muy difícil que haya un desarrollo y una democracia efectiva- a esa discusión, pensando cómo salir de esto de una manera que vaya más allá de tres o cuatro años (¿y después qué?), significa que tendríamos que poner todos nuestros esfuerzos y lo mejor de nuestra creatividad. Kirchner hablaba de salir del infierno y entrar en el purgatorio. Tenemos que pensar más allá del purgatorio. Lo malo es que ni siquiera tenemos garantizado llegar al purgatorio, pero si no hacemos los esfuerzos nos quedamos en el infierno, y el infierno es éste. Gracias.